

Guerra cultural, la CIA y Foucault

GABRIEL ROCKHILL :: 20/08/2024

En lugar de una crítica razonada basada en evidencias confiables, Foucault recurrió a un rechazo eurocéntrico e instintivo del marxismo de la época, que coincidía con la ideología anticomunista

Mi artículo en The Philosophical Salon, "Foucault: The Fake Radical" [i], ha sido elogiado en ciertos círculos por su claridad política, mientras que en otros ha generado un acalorado debate, así como solicitudes de aclaraciones adicionales. Con el interés de dilucidar aún más la relación entre Foucault, el anticomunismo y la industria de la teoría global, he dividido estas preocupaciones en cuestiones distintas y he respondido a cada una de ellas por turno.

El papel del intelectual

El punto de partida de cualquier debate sobre el papel de los intelectuales de carrera en un sistema como el que vivimos, es decir, el capitalismo global, debería ser el reconocimiento de que son productos de este mismo sistema, y no individuos sui generis que se dedican libremente a la vida intelectual.

Su función principal es reproducir las relaciones sociales de producción proporcionando las visiones del mundo y las diversas formas de conocimientos técnicos (o ideologías de distracción) necesarias para la renovación de la fuerza de trabajo y la división global del trabajo.

Son, por tanto, instrumentos de selección socioeconómica que sirven para reproducir la desigualdad. En otras palabras, la intelligentsia profesional en el capitalismo está compuesta por intelectuales instrumentalizados que desempeñan un papel político y socioeconómico importante, independientemente de que sean conscientes de ello o no.

Es cierto, sin embargo, que existe cierto margen de maniobra dentro del aparato reinante de producción de conocimiento, que es en gran medida consecuencia no deseada de la ideología de la autonomía intelectual.

Dado que la educación superior se presenta, dentro de la ideología dominante, como algo autónomo respecto de otras esferas como la economía y la política, a veces se permite cierta libertad intelectual. Es en el espacio de esta contradicción -entre la función social primaria de los intelectuales profesionales y la ideología dominante que intenta ocultarla- donde hay espacio para introducir una cuña y crear un espacio para el trabajo intelectual que no sea simplemente un instrumento del poder de clase.

Si nos limitamos al caso de la intelectualidad profesional, podríamos llamar intelectuales intervencionistas a aquellos que intentan aprovechar esta contradicción para realizar al menos dos tipos de trabajo: mapeo e intervención.

Los primeros consisten en proporcionar mapas materialistas de las relaciones sociales,

políticas y económicas que cuestionen la ideología dominante y permitan a la gente ver lo que está sucediendo realmente. También pueden, y esta es la segunda tarea, identificar los lugares óptimos de intervención potencial y delinear las tácticas y estrategias más coherentes para la transformación social.

Ambas tareas son, por supuesto, colectivas de principio a fin y requieren trabajar con otros en partidos y organizaciones de la clase trabajadora, así como el desarrollo de colectivos de investigación militantes y contrainstituciones educativas para construir poder real (proyectos que, para mí, siempre han sido una parte esencial de mi trabajo intelectual).

Intelectuales modelo: ¿Sartre contra Foucault?

Sartre es una figura compleja que adoptó algunas posiciones con las que no estoy de acuerdo. Sin embargo, fue un defensor de larga data de ciertos elementos cruciales de la tradición materialista histórica, como la inversión en la organización anticapitalista, la liberación de la mujer, la emancipación racial y el antiimperialismo.

Esta es una de las razones por las que el Estado de Seguridad Nacional de los EEUU lo identificó como un enemigo, como descubrí a través de mi investigación de archivos y solicitudes de la Ley de Libertad de Información: era ampliamente reconocido como una amenaza seria para el consenso intelectual que sus oficiales de caso querían imponer.

Foucault alcanzó gran prominencia en 1966 con la publicación explosiva de *Las palabras y las cosas*, que fue un best seller intelectual. Este libro, así como las entrevistas que se realizaron después de él, eran explícitamente antimarxistas. "¡Fuera lo viejo, adentro lo nuevo!" era la estrategia de marketing, y Foucault llegó al extremo de acusar a Sartre de ser un "hombre del siglo XIX" porque era marxista.

Debemos recordar que la Guerra de Vietnam estaba en pleno apogeo en ese momento, y que la Revolución Cubana y otras luchas anticoloniales y anti-neocoloniales de inspiración marxista estaban en pleno apogeo en todo el mundo. En este contexto, es bastante extraordinario - o, más bien, extraordinariamente reaccionario - proclamar que el marxismo está muerto porque fue una filosofía del siglo XIX.

Además, Foucault sabía poco o nada sobre la historia internacional del marxismo y nunca estudió seriamente ninguno de los países donde hubo revoluciones socialistas o luchas anticoloniales.

En lugar de una crítica razonada basada en evidencias confiables, recurrió a un rechazo eurocéntrico e instintivo del marxismo de la época (más tarde se radicalizaría brevemente), que coincidía perfectamente con la ideología anticomunista promovida con más fuerza por los EEUU.

Sin embargo, para que quede claro, no estoy, estrictamente hablando, «a favor de Sartre y en contra de Foucault». Sitúo mi trabajo como intelectual en una tradición internacional profunda y rica de materialismo histórico que incluye a muchas figuras y que se entiende mejor como un esfuerzo colectivo encaminado a la transformación social igualitaria.

Esta herencia, como Sartre y José Carlos Mariátegui explicaron cada uno a su manera, es una tradición viva y dinámica de lucha de clases en teoría, y la autocrítica es parte de su esencia.

La CIA, la teoría francesa y el marxismo

Al hablar de organizaciones como la CIA, resulta muy útil distinguir entre sentido común y sentido común, recurriendo a la obra de Antonio Gramsci. El enfoque del sentido común, que es en gran medida resultado de las industrias culturales y los medios de comunicación, presenta a la CIA como un grupo de agentes 007 o de manipuladores ocultos.

El sentido común, en cambio, examina científicamente el registro material para establecer modelos explicativos coherentes. Por ejemplo, revela que el enfoque de sentido común sobre la CIA que esta organización es en gran medida el resultado de su amplia participación en las industrias culturales y los medios de comunicación. En otras palabras, la imagen que la mayoría de la gente tiene de la CIA se debe en gran medida a la propia CIA.

En cuanto a su antimarxismo, la Agencia emprendió una compleja y multifacética guerra intelectual mundial contra no sólo la práctica, sino también la idea misma del comunismo.

Traté este tema en uno de mis artículos anteriores en The Philosophical Salon, "La CIA lee la teoría francesa", que desde entonces se ha convertido en un proyecto de libro. [iii] Hay demasiadas características de esto para destacarlas aquí, pero una que es importante, y que el agente de la CIA Thomas W. Braden señaló públicamente, es que la Compañía (como se conoce a la CIA internamente) financió, apoyó y promovió a la izquierda no comunista en Europa. [iv]

Esta táctica apuntaba a dividir a la izquierda separando y aislando a los comunistas como "fuera de los límites", y en última instancia buscaba redefinir a la izquierda legítima como no comunista.

En el caso de Foucault, que yo sepa, nunca fue un agente consciente de la CIA (un "agente", en el lenguaje de la Compañía, no es un empleado de la CIA sino alguien que trabaja sobre el terreno y que es instrumentalizado por los funcionarios de la CIA).

Michael Josselson, que dirigía el Congreso para la Libertad Cultural con sede en París, era un agente consciente, y muchos de los intelectuales que participaban en el círculo del Congreso y en sus publicaciones, incluido Preuves en Francia, seguramente sabían que la Agencia los financiaba para lo que equivalía a una propaganda anticomunista (algunos lo han admitido).

Sin embargo, la CIA también moviliza a los denominados agentes inconscientes, es decir, individuos que están operativos pero que no son conscientes de la magnitud de lo que está sucediendo. En ciertos casos, esto puede equivaler simplemente a alguien que sigue la línea de la Compañía y promueve su agenda, lo sepa o no.

En el caso de Foucault, sabemos que la Agencia lo identificó en uno de sus artículos de investigación como "el pensador más profundo e influyente de Francia". [v] En el mismo

artículo, se lo presenta como un activo por al menos dos razones: i) elogió a la Nueva Derecha y recordó a los filósofos las sangrientas consecuencias de la organización revolucionaria; ii) hizo una de las contribuciones más influyentes a las tradiciones conocidas como estructuralismo y la Escuela de los Annales, que la Agencia aplaudió por su "demolición crítica de la influencia marxista en las ciencias sociales". [vi]

Esto no significa de ninguna manera que Foucault tuviera contrato con la CIA, ni implica que la Agencia necesariamente tuviera la mejor o más confiable descripción de su trabajo o de los movimientos intelectuales con los que estaba afiliado, a veces a regañadientes.

Sin embargo, significa que desde su punto de vista, y con sus intereses precisos en mente, la CIA entendió que era un activo y claramente tomó la posición de "Foucault contra Sartre".

La política de identidad y la izquierda

Hay muchas interpretaciones diferentes de lo que es la «política de identidad», pero la explicación más coherente, desde el punto de vista del análisis materialista, es que se trata de un proyecto político reaccionario desarrollado como complemento ideológico del neoliberalismo a medida que el capital se globalizaba a partir de los años 1970. [vii]

Esto tiene varios aspectos diferentes, pero aquí se presentan algunos:

- La política de identidades tergiversa de manera engañosa la tradición internacionalista del materialismo histórico, presentándola como algo que de alguna manera no se preocupa por la emancipación racial, la liberación de las mujeres, la emancipación sexual, etcétera. Como sabe cualquiera que haya leído realmente esta tradición, esto es categóricamente falso: Engels afirmó que la emancipación de las mujeres debería ser la medida de la emancipación general; Marx abogó enérgicamente por la abolición de la esclavitud en los EEUU; Lenin estaba profundamente comprometido con la liberación nacional y fue el líder de una revolución que introdujo avances sin precedentes para las mujeres; Clara Zetkin sostuvo que la liberación de las mujeres requería el empoderamiento material a través de una revolución socialista; Daniel Guérin abogó por una convergencia entre la liberación queer y la revolución proletaria; Thomas Sankara vinculó claramente la liberación nacional, el antirracismo y la liberación de las mujeres; etcétera. La lista podría continuar indefinidamente, pero en aras del espacio, simplemente recomendaré que todo crítico vulgar y reduccionista del marxismo (y todos los demás) lean Lucha de clases de Domenico Losurdo.

- Se presenta como un proyecto social radicalmente nuevo y mejorado, que consiste en reconocer identidades subrepresentadas, al tiempo que critica como "de la vieja escuela", "vulgar" o "reduccionista" cualquier preocupación seria por las fuerzas materiales que producen y luego mantienen a ciertos grupos en posiciones socioeconómicas subordinadas.

- Tiende a reificar y esencializar identidades raciales y culturales que en realidad son productos históricos del sistema del capitalismo colonial-racial, actuando como si lo mejor que pudiéramos hacer fuera reconocer, apreciar e incluso fetichizar identidades que son en sí mismas construcciones ideológicas.

- Busca redefinir la naturaleza misma de la «crítica» e incluso de la política, separándola de la organización anticapitalista colectiva y transformándola en prácticas interpersonales que ya no son una amenaza para el sistema capitalista. Esto incluye acuerdos con el liberalismo racial, el multiculturalismo corporativo y la exaltación de gestos simbólicos por sobre las transformaciones materiales.

- Ha sido un arma eficaz en manos de la clase dominante para separar las luchas contra ciertas formas de opresión de los esfuerzos por transformar los sistemas materiales que permiten la perpetuación de esas opresiones (el «antirracismo» de los demócratas en los EEUU es un ejemplo particularmente burdo en este sentido).

- También ha sido una fuerza poderosa para dividir a la izquierda, aislando su activismo en formaciones discretas de grupos identitarios y cooptando a los movimientos sociales insurgentes a través de ONG financiadas por las corporaciones.

Vale la pena señalar de paso que, a medida que la política de identidades ganó importancia en la academia estadounidense, recibió su alimento intelectual en muchos círculos de la teoría francesa (con lo que me refiero al producto de la industria de la teoría global identificada con figuras como Foucault, Derrida, Kristeva, Deleuze, Lacan y compañía).

El alejamiento de la teoría francesa del materialismo histórico en favor del análisis del discurso y una supuesta preocupación ética por la diferencia proporcionó una pátina de sofisticación intelectual -o a veces incluso un estilo radical generado a partir del humo y los espejos de la pirotecnia discursiva- a esta política reaccionaria.

La promoción generalizada de la política de identidades y de la teoría francesa dentro del aparato dominante del conocimiento bajo el capitalismo global debería servir como una indicación clara para cualquiera que preste incluso la mínima atención de que no son una amenaza para el sistema.

Por el contrario, son algunas de las principales fuerzas intelectuales que impulsan lo que he llamado recuperación radical. Con esto me refiero a la táctica de producir la apariencia de radicalidad -incluyendo sistemas simbólicos de significación que son tan desmesuradamente intrincados que a muchos les cuesta ver lo desvinculados que están de las luchas socioeconómicas reales - con el fin de recuperar mejor a las fuerzas insurgentes dentro del sistema existente. «Todo símbolo, nada de sustancia» es su mantra, y han hecho una enorme contribución a la guerra intelectual mundial contra la idea misma del comunismo.

Liberalismo y fascismo

He dado una explicación detallada de esta relación en una serie de cuatro artículos sobre el tema, que se publicaron al mismo tiempo que mi artículo sobre Foucault. [viii] En pocas palabras, demuestran que el liberalismo no constituye un baluarte contra el fascismo. Por el contrario, lo que se conoce como «fascismo clásico», es decir, los proyectos políticos desarrollados en Italia y Alemania a principios del siglo XX, llegaron al poder dentro del sistema de gobierno democrático burgués.

Con el respaldo financiero del gran capital industrial, Mussolini y Hitler utilizaron formas

modernas de propaganda para movilizar una base pequeñoburguesa en torno a una plataforma nacionalista, colonial y anticomunista.

Ambos llegaron al poder de acuerdo con las normas legales de sus respectivos países, y fue sólo más tarde cuando se pusieron a hacer el trabajo para el que fueron contratados, aplastando las organizaciones de la clase trabajadora y lanzando guerras coloniales de conquista beneficiosas para el gran capital industrial, la más importante de las cuales fue contra los bolcheviques en el «Lejano Oriente».

En estos artículos, también explico cómo los nazis y los fascistas no fueron simplemente derrotados al final de la guerra. El Estado de Seguridad Nacional de los EEUU, que operaba bajo la cobertura de una supuesta democracia representativa liberal, en realidad contrató y redistribuyó a miles de fascistas después de la guerra en su guerra mundial internacional contra el comunismo.

En general, este es el contexto histórico en el que debemos entender la obra de Foucault. La Francia de posguerra fue uno de los campos de batalla ideológicos más importantes para los EEUU, que emergieron como potencia hegemónica mundial.

Debido a la colaboración de Francia con los nazis, la derecha había quedado en gran medida desacreditada, y la derrota comunista del nazismo contribuyó a que la intelectualidad francesa de posguerra abrazara el marxismo.

Una de las tareas que asumió el Estado de Seguridad Nacional estadounidense fue intervenir discreta pero enérgicamente, en numerosos niveles diferentes y con diversos métodos, para alejar del marxismo a la intelectualidad de Europa occidental, en particular en Francia e Italia. Foucault, junto con otros intelectuales de su generación identificados con la teoría francesa, desempeñó un papel destacado en este proceso.

El hecho de que la industria teórica global los promocionara como pensadores «radicales» y la vanguardia intelectual que todo teórico del mundo debía leer no debería sorprendernos.

Su forma de «crítica» discursiva, desprovista de un proyecto revolucionario, era un antídoto útil contra esa peligrosa forma de teoría que, en realidad, estaba en proceso de cambiar el mundo.

Igualdad y libertad

La oposición entre igualdad y libertad es el resultado de una ideología de falsos antagonismos. En gran medida ha sido impulsada por la Guerra Fría, que es, por supuesto, la vieja guerra entre el capitalismo y el comunismo.

Como esta última apuesta por la igualdad socioeconómica, mientras que el primero obviamente no, los intelectuales procapitalistas han tenido que hacer lo imposible: encontrar un valor que pudiera ser enarbolado como bandera del sistema capitalista.

Se les ocurrió la palabra «libertad», ya que estaba claro que el socialismo estaba dedicado a limitar la libertad de libre empresa en el sentido preciso de la libertad de la clase dominante

para desposeer, esclavizar, explotar y destruir las condiciones de posibilidad de la vida en nombre del lucro.

Además, en relación con las masas trabajadoras y trabajadoras, la campaña ideológica del aparato mediático, cultural y educativo de la clase dominante ha sido notablemente consistente y directa: consiste en decirles repetidamente que son libres (en principio), al tiempo que les niega los recursos materiales necesarios para ejercer esa libertad de alguna manera significativa.

Lo que oculta este falso antagonismo es que la libertad simplemente no tiene sentido sin el poder y los recursos materiales necesarios para convertir la libertad formal en una realidad concreta.

Por ejemplo, en principio soy libre de convertirme en presidente de los EEUU. Sin embargo, como no soy un millonario con profundas conexiones con la clase dominante y su élite política, esta "libertad" carece totalmente de sentido porque nunca podré ejercerla. Para ello se necesitaría una mayor igualdad socioeconómica.

Walter Rodney expresó este hecho con notable claridad cuando escribió: "Hubo una ampliación de la libertad en la Unión Soviética después de 1917 porque la libertad real es una función de la igualdad cultural y económica" [ix].

Notas:

[i] Véase Gabriel Rockhill, "Foucault: The Faux Radical", The Philosophical Salon de Los Angeles Review of Books (12 de octubre de 2020): http://thephilosophicalsalon.com/foucault-the-faux-radical/?fbclid=IwAR3RA_8YDdIAHl77H UQf5YPz-6Tlfja2MH9KJc1Vut_026GzA2oroxel3BA (consultado el 26/11/20).

[ii] El intercambio con Can Uğur fue para esta revista: <http://solsiyaset.org/> (consultado el 25/10/20). El artículo de Dag Eivind Undheim Larsen se tituló "Kaller Foucault 'falsk radikal'" y fue publicado en Klassekampen el 22 de noviembre de 2020: <https://klassekampen.no/utgave/2020-11-23/kaller-foucault-falsk-radikal?fbclid=IwAR0N3DW033H2Q0uMlsSi6b2GCf-YPkY8m1H84K7Xv8UPZgngItZhyNEsuAg> (consultado el 25/10/20). El último artículo está disponible en inglés bajo el título "Gabriel Rockhill Talks to Dag Eivind Undheim Larsen: Foucault 'a Faux Radical'" (Gabriel Rockhill habla con Dag Eivind Undheim Larsen: Foucault, un falso radical). Trad. Anders M. Gullestad. Philosophy World Democracy (22 de diciembre de 2020): <https://www.philosophy-world-democracy.org/foucault> (consultado el 25/1/21).

[iii] Gabriel Rockhill, "La CIA lee la teoría francesa: sobre el trabajo intelectual de desmantelar la izquierda cultural", The Philosophical Salon de Los Angeles Review of Books (28 de febrero de 2017): <http://thephilosophicalsalon.com/the-cia-reads-french-theory-on-the-intellectual-labor-of-dismantling-the-cultural-left/> (consultado el 25/10/20).

[iv] Véase Thomas W. Braden, "Me alegro de que la CIA sea 'inmoral'", Saturday Evening Post (20 de mayo de 1967).

[v] Dirección de Inteligencia, "Francia: Defección de los intelectuales de izquierda" (diciembre de 1985), CIA-RDP86S00588R000300380001-5: <https://www.cia.gov/library/readingroom/document/cia-rdp86s00588r000300380001-5> (consultado el 25/10/20).

[vi] *Ibíd.*

[vii] Para algunos de los mejores relatos de la política de identidades, que a veces se disfraza con otros nombres, véase el trabajo de pensadores como Barbara y Karen Fields, Barbara Foley, Adolph Reed Jr. y William I. Robinson. Este último escribe, por ejemplo: "Una parte clave de la historia es la traición de los intelectuales, porque ninguna lucha de los oprimidos puede existir sin sus intelectuales orgánicos. Las luchas de masas de los años 1960 y 1970 abrieron espacio para que los representantes de los grupos oprimidos y otros que antes se habían identificado con la agenda radical de esas luchas de masas se unieran a las filas de los estratos profesionales y de la élite. En el ámbito académico, abrió espacio para una nueva pequeña burguesía intelectual cuyas aspiraciones de clase se expresaron en narrativas posmodernas y políticas identitarias. Marginalizar a la clase e impulsar la política identitaria fue un proyecto de clase de esta pequeña burguesía intelectual, pero llegó a infestar muchos movimientos sociales, especialmente en el Norte Global. "Estas narrativas moldearon la conciencia y la comprensión de toda una generación de jóvenes, alejándolos de abrazar una crítica marxista del capitalismo desesperadamente necesaria en el momento de su globalización" (William I. Robinson, "La traición de los intelectuales", una contribución al foro Planetize the Movement!, Great Transition Initiative (abril de 2020), <https://greattransition.org/gti-forum/planetize-movement-robinson>).

[viii] En orden, estos artículos son los siguientes: "Fascismo: ¡ahora lo ves, ahora no!", CounterPunch (12 de octubre de 2020): <https://www.counterpunch.org/2020/10/12/fascism-now-you-see-it-now-you-dont/> ; "Liberalismo y fascismo: cómplices del crimen", CounterPunch (14 de octubre de 2020): <https://www.counterpunch.org/2020/10/14/liberalism-and-fascism-partners-in-crime/> ; "EEUU no derrotó al fascismo en la Segunda Guerra Mundial, lo internacionalizó discretamente", CounterPunch (16 de octubre de 2020): <https://www.counterpunch.org/2020/10/16/the-us-did-not-defeat-fascism-in-wwii-it-discretely-internationalized-it/> ; "Liberalismo y fascismo: el policía bueno y el policía malo del capitalismo", Black Agenda Report (21 de octubre de 2020): https://www.blackagendareport.com/liberalism-fascism-good-cop-bad-cop-capitalism?fbclid=IwAR08vI0WPWWeLlv6Bc2hze67hvuy-w1vBXcVI_EDRnwH0XyShDfbaupPe3Y (todos consultados el 25/10/20). Una breve descripción general de estos artículos está disponible en esta entrevista en On Contact de Chris Hedges: https://www.youtube.com/watch?v=GNd1yvz71_4&t=834s (consultada el 25/1/21).

[ix] Walter Rodney, *La Revolución rusa: una visión desde el Tercer Mundo* (Londres: Verso, 2018), pág. 184.

** Gabriel Rockhill es filósofo, crítico cultural y teórico político. Imparte clases en la Universidad de Villanova y en la prisión de Graterford, y dirige el Taller de Teoría Crítica de la Sorbona.*

observatoriocrisis.com

<https://www.lahaine.org/mundo.php/guerra-cultural-la-cia-y>